

Un éxito cada día mayor

han obtenido:

El joven Medardus

de

Los Grandes Films

y

El pago que dan los hijos

de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

Pronto aparecerá:

Los enemigos de la mujer

de

Los Grandes Films

EDICIONES DE
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Precios populares: UNA PESETA

¡ÉXITO ENORME!

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 90

25 cts.



EL
MUCHACHO
DE PARÍS

por
Sandra Milowanoff

FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 90

El muchacho de París

(LE GAMIN DE PARIS, 1922)
POR

SANDRA MILOWANOFF, RENÉ POYEN, etc.

Según la célebre comedia de Bayard y Vanderburch



Producción GAUMONT

L. GAUMONT :: Paseo de Gracia, 66 :: Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JACK PICKFORD

Argumento de la película de dicho título



En París.

En un cuarto piso de esta ciudad habitaba la familia Meunier.

La misma se componía de una simpática abuela y de dos nietos, hermanos, Rosina y Pepito, 18 y 15 años respectivamente.

Rosina se ganaba la vida trabajando en su casa como mecanógrafa.

Pepito era aprendiz de tipógrafo. De carácter bullicioso, siempre dispuesto a bromear, reflejábanse en él el tipo clásico del travieso muchacho parisiense.



ROSINA... *Sandra Milowanoff*

Cierta mañana, a esa hora en que la obligación llama a sus afiliados al taller o a la oficina, Pepito, tan alegre como siempre, se disponía a marcharse de su casa. Su buen hu-

mor contrastaba con la ligera sombra pintada en el rostro de la gran inquietud que llenaba su alma.

Un vecino de la familia Meunier, el señor Bizot, empleado en el Monte de Piedad, salía de su piso al mismo tiempo que lo hacía Pepito del suyo.

El señor Bizot y el rapazuelo no hicieron nunca buenas migas, y se placían en buscar la más insignificante ocasión para «arañarse» mutuamente. La antipatía que se profesaban era tal, que no permitía siquiera la suposición de una próxima tregua seguida del olvido de sus rencillas.

Rosina y Pepito se querían mucho, y su cariño alcanzaba a la abuelita que vivía completamente feliz.

Según costumbre inveterada, Rosina despedía a su hermano en el rellano de la escalera, y le aconsejaba que se aplicase en el trabajo para que pudiera llegar pronto a ser un hombre.

Querer seriedad en la juventud es algo así como pedir peras al olmo. Un muchacho, sin ser malo, puede ser muy travieso y su alacamiento no se suprime tan fácilmente con los consejos ajenos que con la experiencia de uno mismo.

En tal razonamiento no estaba conforme el señor Bizot, que parecía haberle tomado gusto a sermonear a Pepito cada vez que lo veía.

Aquella mañana, por ejemplo, al separarse de su hermana, Pepito cabalgó la barandilla de la escalera deslizándose por la misma, como si fuera un toboggan, hasta la portería, sin ol-

vidarse de mofarse del antipático vecino cuando pasó por su lado.

El señor Bizot se sulfuraba. ¡Con qué satisfacción le daría a ese atolondrado un par de bofetones!

Siempre que Pepito le hacía una de las suyas, el señor Bizot no se cansaba de ir a reclamar a sus parientes. Ese día, pues, también fué y dijo a Rosina, que no había entrado aún en la casa:

— ¡Su hermano es un pillete que acabará mal! Yo la aviso a tiempo, señorita...

— Mi hermano es un chiquillo, señor Bizot... Perdónele usted... El mejor día me resultan ustedes los mejores amigos del mundo.

— Eso es imposible, mi buena señorita. Tengo en mucha estima y en gran honor tratar con su señora abuela y con usted... pero lejos de mí ese demonio de Pepito.

Sonrió Rosina...; se fué, hacia el deber, el vecino...; y apareció Amadeo, vecino también de la misma casa y el primer amor de Rosina, ignorado de todos, según él pintor decorador.

Al verle, Rosina tuvo una gran alegría y se dispó la sombra de inquietud que velara su belleza.

Amadeo la atrajo con pasión junto a su pecho y se besaron los dos con afán de amarse.

A poco, para no dar lugar a sospecha alguna de la abuelita, Rosina y Amadeo entraron en la casa.

— Abuelita, el señor Amadeo viene a ver si puede continuar tu retrato.

— ¡No faltaba más! Ahora que no sé si me voy a acordar de la posición que he de tomar...

¡Es usted tan caro de ver! ¡Oh, no crea que es un reproche! Al contrario, tenemos mucho placer en verle a usted por esta casa.

— Muchas gracias, señora.

La abuelita «posó» de nuevo ante el pintor que la reproducía fielmente en una tela, curvóse a su trabajo de copista Rosina, aunque no estaba en él, y así pasó una media hora.



La abuelita "posó" de nuevo ante el pintor...

Aprovechando un momento de descanso, la abuelita, excelente cocinera de la familia, se fué a la cocina, y de su ausencia sacaron provecho Rosina y Amadeo para mimarse rápidamente, volviendo ella a escribir a máquina para no poner sobre aviso de la verdad a la abuelita.

No pareciéndole ya bien a Rosina, apasionada de Amadeo, que se prolongase más la

situación que su amor había creado, dijo al pintor, en un pedazo de papel:

«Amadeo, esto no puede continuar así.... ¿Por qué no hablas a la abuelita de tus proyectos? ¿Por qué te ausentas tan a menudo desde hace algún tiempo? Me parece que sucede algo muy extraño...»

Por el mismo conducto, Amadeo le respondió:

«No dudes de mi lealtad, Rosina; te lo ruego... Lo que pasa es que es necesario que prepare a mi padre, pues ya sabes que temo que se oponga a nuestros proyectos... pero te quiero... te quiero...»

Entristeció Rosina al leer este escrito, que ocultó en su pecho al regresar la abuecita.

A poco, Amadeo dió por terminada la «pose» de la viejecita a quien le dijo:

—Tengo necesidad de ausentarme por algunos días...

Rosina palideció. Una duda, horrible, la hería en el corazón...

Amadeo, notando su disgusto, añadió:

—... debo terminar un trabajo de decoración urgente en Tours.

—Esto es lo que conviene, señor Amadeo, para ganar dinero, ¿no es verdad?

—Todo debe aprovecharse, señora.

Rosina acompañó a su novio hasta la puerta del piso.

—¿Por qué me miras así, Rosina? ¿Temes, acaso, que haya pretextado un viaje para separarme de tí?

—¡No, Amadeo; tú no harías eso!

Sin saber por qué, se humedecieron los ojos

de Rosina. Tenía ganas de llorar... de llorar mucho muy cerca de su único amor.

El la contempló con respeto y pareció hacer un esfuerzo para partir después de abrazarse los dos efusivamente.

Al regresar cerca de la abuelita, Rosina fingió estar tranquila y risueña.

—¡Rosina, un marido como ese es lo que te haría falta!—le dijo la amante mujer refiriéndose a Amadeo.

La confirmación de que la abuelita vería con buenos ojos su matrimonio con el pintor, fué un consuelo para Rosina; pero luego, el resquemor inevitable de que eso no llegara nunca, añadió preocupación a su preocupación.

Un poco más tarde, Amadeo, transformado en elegante, leía, en un lujoso retiro particular, la siguiente carta:

*«Villa Alba
Beaumercy-sur-Seine*

Querido hijo:

Hace ocho días que no te has dignado aparecer por esta casa. No me disgustaría verte, ni a tu tía tampoco. Ya sabes que a ella se le ha puesto en la cabeza casarte, y a fe que no desapruebo sus proyectos... Esperamos verte llegar pronto a nuestra casa, que vale tanto, por lo menos, como tu «pisito de soltero».

Tu padre

General Morin.»

Amadeo no era lo que había declarado a Rosina ser, es decir, un pintor. Hijo único de familia rica, disfrutando de una renta regular de la herencia de su madre, gustaba de la emoción de las aventuras y la mayor parte de su dinero se la llevaban sus caprichos juveniles

con faldas. Varios habían sido para él «sus únicos amores» y varias eran también las arañadas empleadas para sortear las dificultades que se alzaron en su senda amorosa...

Su última aventura «seria» era Rosina, pero esta hazaña de conquistador, como las anteriores, no tendría, probablemente, otro fin que un abandono más o menos humano.

Sin embargo, Rosina ejercía en Amadeo una influencia que le inducía a elevarla a un nivel que jamás concedió a ninguna de sus amistades.

La quería, pues, más que a las otras... y por tal razón —bajo el temor de enemistarse con su padre— quiso sincerarse con ella, y a tal efecto la escribió esta carta:

«Mi queridísima Rosina:

Te he engañado indignamente y te pido perdón... de rodillas. No soy un obrero, como te hice creer, sino un hijo de familia, rico y ocioso, que empleó, para aproximarse a tí y conquistarte, una indigna estratagema.

Perdóname, Rosina... porque te quiero. Pero como tú ya sabes, yo dependo de mi padre. Tiene ciertos proyectos respecto a mí... No te inquietes... Yo te aseguro de todo corazón que si no eres tú mi esposa, nadie más que tú poseerá todo mi cariño. Viviremos ocultos, pero felices.

Perdóname otra vez, mi buena Rosina...

Esta es una revelación que una carta de mi padre me ha inclinado a hacerte en este momento.

Si crees en mi cariño, como no lo dudo, y desde luego si aceptas mi oferta, escríbeme a lista de correos donde, con el ansia que pue-

des suponer, iré mañana a recoger tu contestación.

Amadeo Morín.»

La atrevida misiva del falso pintor seguía su curso, y Pepito regresaba, en su bicicleta, del taller, hacia su casa.

Intencionadamente, Pepito dió un topetazo con su biciclo al señor Bizot, que al llegar aquél frente a la puerta de la calle de su casa subía el bordillo de la acera.

—¡Granuja, salvajel —le gritó el vecino.

—Usted perdone, no me dí cuenta...

—Andate con cuidado conmigo porque de lo contrario vas a conocerme y puede que te pese.

Pepito, por toda respuesta, vigilando los gestos que el señor Bizot le hacía con un dedo que acompañaba sus recriminaciones, y oportunamente a tiempo, de alcanzarlo con la boca, le dió un mordizco, echando luego a correr hacia su casa.

Quemadísimo, el vecino lo persiguió.

—¡Ese pillabán ha intentado atropellarme con su bicicleta! —quejóse a la abuelita.

—¡Fué sin querer! —protestó Pepito.

—¡A callarse, Pepito! El señor Bizot se lamenta de tu conducta por tu bien.

—¡Exijo excusas, señora! —añadió el vecino, muy severo.

—¡Pues yo, no siendo culpable, no tengo por qué darlas!

—¿Es que no quieres a tu abuela, Pepito?... Disculpate entonces y ahórrame un disgusto.

—Te daré mil besos a tí, abuelita, para que me creas inocente.

—No aceptaré ni uno más, si no me obedeces.

Con mucho trabajo prestóse Pepito a amansar al señor Bizot.

—Señor Bizot... le pido humildemente perdón... le expreso mi más profundo sentimiento... ¡me prosterno a sus plantas!

Ponía Pepito en sus palabras y gestos una



—Señor Bizot... le pido humildemente perdón...

comicidad tan infantil, que las mujeres no pudieron resistir al deseo de reirse.

Mucho más disgustado, el señor Bizot gruñó, a la par que se despedía de abuela y nieta.

—¡Ya llegará el día en que las pagarás todas juntas!

—¡Bah, señor Bizot—intervino la abuelita—,

no ve lo niño que es Pepito! Tal vez admita que le tiene usted cierta ojeriza...

Rosina se reía aún... mientras el destino le preparaba, para dentro de unos momentos, el mayor dolor de su vida...

Al día siguiente, ^{♦♦}domingo, Pepito se levantó antes del amanecer para entregarse al tranquilo deporte de la pesca con caña.

Rosina se levantó a ayudarle y a liar su almuerzo. Sus acentuadas ojeras revelaban que había pasado una noche horrible.

Pepito advirtió el descompuesto rostro de su hermana y le preguntó:

—¿Has llorado, Rosina?

Sorprendida, Rosina fingió sentirse algo mala.

—No me he podido dormir en toda la noche. ¡Tengo un dolor de cabeza!...—le replicó.

—¿Tiene Amadeo la culpa de esto?

—Pepito, ¿cómo puedes suponer tal cosa?

—Yo no soy tonto, ¿sabes? Amadeo ha venido a esta casa muy a menudo de un tiempo acá... y como tú no estás mal... ni él tampoco está mal... y como que ahora me ha dicho la abuelita que se ha marchado a Tours... ¿me comprendes?

—Calla, calla, chiquillo... Andas equivocado.

—¡Todo es posible en este mundo, mujer!

Rosina y Pepito se abrazaron y luego salió éste de su casa.

Al pasar delante de la puerta del piso del señor Bizot, Pepito llamó.

Extrañado de recibir visitas a tal hora, relativamente temprana, el señor Bizot entreabrió la puerta tal como se había levantado de la

cama, y miró al exterior adelantando la cabeza.

—Soy yo, señor Bizot—le dijo, presentándose, Pepito—. No he querido marcharme sin dar a usted los buenos días... pues no olvido el respeto que le debo y que usted me merece.

Conteniendo su indignación para no prorrumpir en denuestos contra el travieso muchacho, el señor Bizot adelantó hacia Pepito hasta el rellano de la escalera y en voz baja, con gesto de tigre, le manifestó:

—Si no fuera por el escándalo que armaría, ahora mismo te daba una de azotes que no te dejarían ganas de volver a mirarme la cara.

—No se ponga usted así, mi respetable señor Bizot, y éntrese a su casa que no me parece muy adecuado acalorarse en camisa. ¡Qué ocurrencias tiene usted!

El señor Bizot trinaba y, de pronto, por obra del diablo, se estableció una corriente de aire en el piso del vecino y se cerró la puerta del mismo.

Pepito, riéndose a todo reír, se precipitó escaleras abajo y montando sobre su bicicleta pedaleó hacia el lugar de la pesca.

El vecino, desconcertado, no tuvo más remedio que ir a pedir protección a las parientes del desvergonzado burlador de sus canas.

Salió a abrirle Rosina; pero al ver al señor Bizot en compostura íntima le dió con la puerta en las narices.

Entonces, con voz compasiva, el vecino le dijo, desde el exterior:

—Su hermano tiene la culpa de que se me haya cerrado la puerta de mi casa. Usted com-

prenderá que no es cosa de que vaya a buscar en camisón a un cerrajero.

Compadecida del vecino, Rosina le permitió el cobijarse en su casa.

La abuelita también se asustó al ver al señor Bizot tan fresco de ropa.

Pero conocida la verdad, las dos mujeres prestaron un traje al vecino para que pudiera salir a la calle a solicitar los servicios de un cerrajero.

—¡Señorita Rosina, su hermano acabará muy mal!—dijo a ésta el pobre hombre al marcharse vestido con ropas en las que apenas cogía la mitad de su cuerpo, que no era precisamente, a pesar de lo ceñido, serrano.

Entretanto, Pepito pescaba; a mejor decir, no pescada nada. La única vez que hubiera podido coger algo gordo, la corriente del agua arrastró su caña y otro pescador, éste en barca, se apoderó del pez preso en el anzuelo del aparejo de Pepito, devolviendo a la corriente la caña en cuestión, que el muchacho pudo recuperar.

Una niña de corta edad se acercó a Pepito y siguió atenta los movimientos de la caña de pescar.

Pepito no vió como la niña se acercaba al borde del agua y no pudo, de consiguiente, impedir su caída al agua.

La doncella que acompañaba a la tierna criatura cortejaba tranquilamente con un guardia.

Con gran valentía se arrojó Pepito al agua y pudo, por sí solo, salvarla.

Entonces, diviso casualmente a los dos muchachos, la doncella y el guardia acudieron

a apoderarse de la niña, que hubiera perecido, inevitablemente, sin la sangre fría de Pepito. En su precipitación, doncella y guardia se olvidaron de dar las gracias al salvador; mas la niña no había sido tan desagradecida como ellos, pues lo besó muchas, muchas veces saliendo del agua.

Para que sus ropas se secaran, Pepito tomó un baño, y mientras lo hacía un «vivo» se apoderó de su jersey depositado en la orilla.

Sin resignarse a presentarse ante su abuelita y hermana sin jersey, Pepito se apoderó de la primera americana que le vino a mano, y en la cual, ¡qué se le iba a hacer!, podían ir tres como él. ¡El señor a quien pertenecía dicha prenda era de pronóstico, digo, de calibre reservado! ¡Afortunadamente no podía ver a Pepito cuando hizo el hurto!

Rosina, en su habitación, inundados en lágrimas sus lindos ojos soñadores, leía con honda emoción, la carta que le escribiera el osado Amadeo. La ofensa que le hacía el hombre que ella amaba por encima de todo, lastimaba su pobre alma de mujer que fió en la nobleza de un hombre.

Decididamente, aunque ello tuviera que costarle la muerte, Rosina sería de las que prefieren ser la esposa de un obrero a la «amiga» de un príncipe.

La abuelita, intrigada^{***} por la melancolía de su nieta, no pudo menos de decirle aquella fiesta:

—Rosina, desde hace algún tiempo noto en tí algo que me inquieta... ¿Te sientes mal?...Será necesario llamar al médico.

—Pero si no tengo nada, abuelita. Es que una, a veces, no está de humor...

—Mejor que sea así, niña... y harías mal si me ocultaras algo...

—No, abuelita, no; yo a tí nunca te oculté nada...

Pepito llegó poco después, seguido del señor Bizot, que le sermoneaba, y a quien la amplia americana que llevaba puesta el travieso le picaba la curiosidad.

La abuelita notó la exageración de esta prenda y no sin enfado le preguntó a Pepito:

—¿De dónde sacaste este saco?

—¡Es una americana que robé a un bañista!

—¡Pepito, tú un ladrón!—exclamó la abuelita.

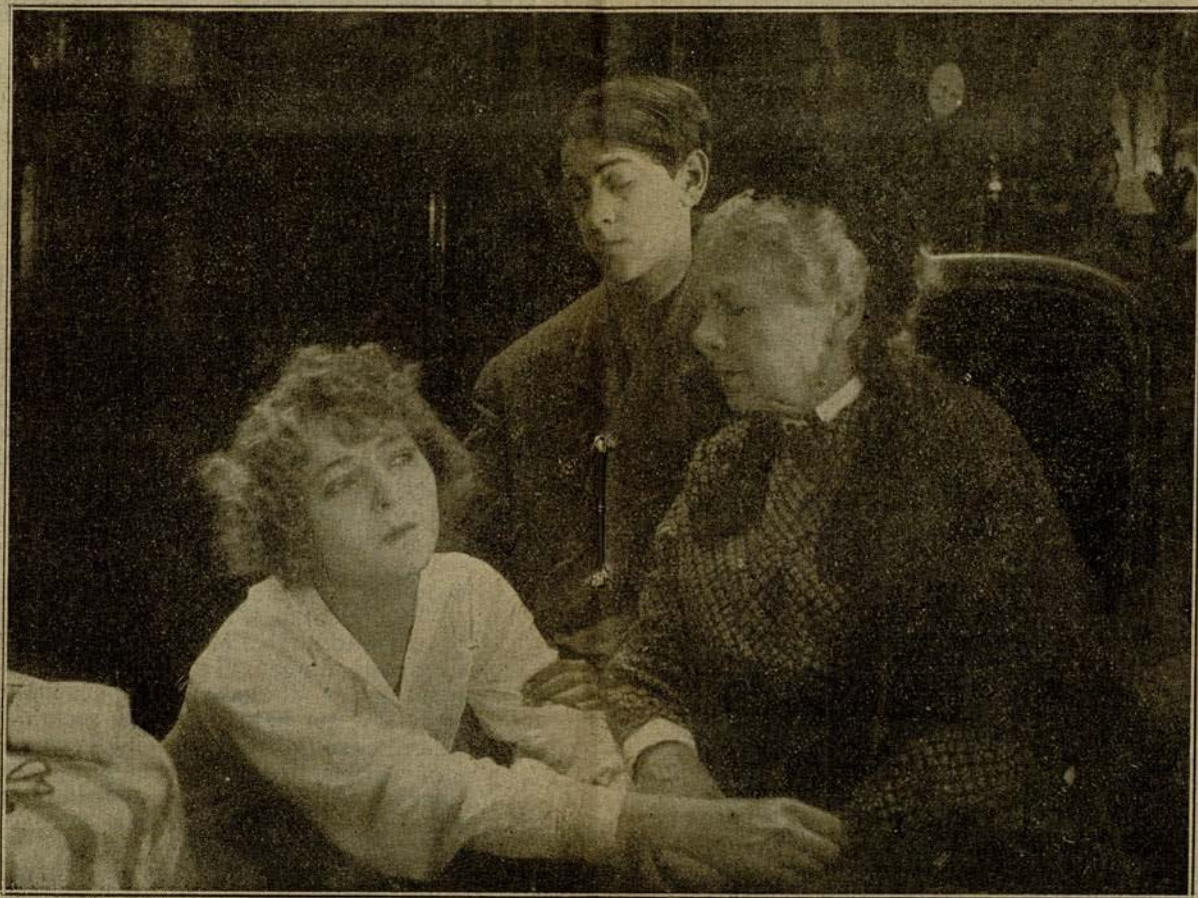
—¡Siempre he dicho que este muchacho no sería nada bueno!—intervino con satisfacción el vecino.

—¡A usted nadie le dió vela en este entierro!—replicóle Pepito.

—¡Silencio, Pepito! Explicanos por qué hiciste eso.

—No te enfades, abuelita mía. Yo te lo confesaré todo, todo... Mira... Pues sucedió que yo me arrojé al agua, vestido... para salvar a una niña que se ahogaba... Después me robaron mi jersey, que había puesto a secar... y como no era cosa de volver desnudo a casa, me hice con esta americanita que me brindó la Providencia... advirtiéndome que no me llevé más que la ropa después de vaciarla de todo lo que contenían sus bolsillos.

—¡Qué bien ha sabido combinar la mental!—añadió el señor Bizot.



Rosina, pálida de muerte, rompió, bruscamente, a llorar con amargura...

—¿Yo, embustero? ¿Yo, ha dicho usted? Pero, ¿qué se ha creído usted de mí?

—Repórtate, Pepito—intervino Rosina—. El señor Bizot tiene motivo de sobra para quejarse de tí. Haced las paces.

—¡Yo, no! —manifestó el vecino—. Sólo pido a Dios que no se me ponga nunca más delante ese chiquillo, porque cualquier día lo hago trizas. ¡Ah, no se dejen ustedes engañar con sus caricias! ¡Es un hipócrita!

—A mí no me insulte usted—protestó Pepito.

—¡Silencio, niño! —ordenóle la abuelita—. Acompaña tú mismo al señor Bizot hasta la puerta.

Obedeció Pepito, y el vecino se lo hubiera comido vivo si no se lo impidiera el pensar en el luto que por su causa llevarían las dos admirables mujeres.

La abuelita, muy contenta, abrazó a Pepito y Rosina, colocándose uno a cada lado y exclamó:

—¡Ya sabía yo que en una persona de mi sangre no podía esconderse un ladrón!

—Dios me libre de serlo, abuelita—contestó Pepito.

—Sí, hijo, sí. No os importé la pobreza... Hay algo que vale más que todas las riquezas: *la honra*. ¡Sed siempre honrados, rectos, buenos!... ¡Conservad siempre pura la conciencia!

Rosina, pálida de muerte, rompió, bruscamente, a llorar con amargura, y con rapidez se encerró en su habitación.

Pepito la siguió mas no pudo entrar en su cuarto a pedirle la causa de su llanto.

La abuelita, inocente en su bondad, no se explicaba el inopinado dolor de Rosina.

—Pero, ¿qué tendrá mi hermana, abuelita?—preguntóle Pepito, entristecido.

—No lo sé, hijo mío... Hace algunos días que me preocupa algo extraño que observe en ella. ¿Nos estará ocultando un disgusto con alguien?

—Eso es lo que yo sabré, abuelita.

—Déjala ahora... Está excitada y el recogimiento le será útil...

Aquella noche, cuando la abuela dormía, Pepito, que no podía conciliar el sueño, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Rosina. Esta se decidió a abrirle para expansionar la pena de su alma.

—Hermanita mía, yo no soy más que un niño, y, sin embargo, comprendo que tú no lloras por nada que no merezca tus lágrimas. ¿Qué te sucede, Rosina? Para defenderle contra alguien que te haya ofendido, me bastan mis puños. ¿Quién, dímelo, hermana, quién te hace llorar?

—Calla, calla, chiquillo.

—¿Y lloras aún? ¡Habla!

—Si tú supieras...

—¿El qué? Yo soy tu hermano, Rosina, y nadie te ama tanto como yo.

—Toma... Lee esta carta.

Pepito se enteró del escrito de Amadeo y con gesto de desprecio para él dijo a su hermana:

—Ese hombre no iba, por lo que aquí veo, por el camino recto. Es mejor que te haya avisado... porque yo, que ya sabía que te miraba con cierto cariño, aunque ignoraba vues-

tras relaciones, tampoco le hubiese creído nunca capaz de ser lo que en realidad es: un sinvergüenza... Olvidalo para siempre, hermana.

Rosina prorrumpió en un llanto desgarrador y entre sollozos se confesó a su hermano:

—Es ya demasiado tarde, Pepito... No puedo aborrecerle ni olvidarle...

—¡Rosina!... ¿Qué dices?... ¿Ese hombre se burló de ti?

En el pecho del niño estalló el corazón del hombre... La sangre afluyó a su cabeza... Fué un momento de locura, de ceguera, de deseo de matar y morir...

El dolor moral venció al orgullo y ya no fué sola Rosina en llorar...

—Hermana, hermanita mía, ¡qué desgraciados somos!

La abuelita seguía en su lecho entregada su vida al dulce reposo de los seres limpios de culpa...

La terrible verdad fué ocultada a la abuelita y, desde aquella noche, Pepito se dedicó a practicar activas pesquisas, y un día, hallándose cerca de un restaurant de primer orden, vió al fingido pintor apearse de un auto y entrar en el establecimiento.

Para averiguar quién era el hombre que engañara a su hermana, se acercó con su inseparable bicicleta al *chauffeur* del coche del que descendiera, y le preguntó:

—Usted perdone mi libertad; pero, por curiosidad, me gustaría saber quién es ese señor. Me parece haberle visto alguna vez.

—Es el señor Amadeo Morin, el hijo del general Morin—le contestó el interpelado.

—¿Y este auto es suyo?—añadió Pepito mirando intencionadamente la placa de metal en que estaba escrita la dirección del propietario del coche.

—Sí que lo es—le respondió el *chauffeur*.

Ya se había asegurado Pepito de que lo era, y en su mente se llevaba grabadas las señas de Amadeo, las cuales fué apresuradamente a comunicar a Rosina.

—Todo lo he descubierto... Es el hijo del general Morin... Vive en Villa Alba, en Beaumercy, allí donde acostumbro yo a ir a pescar. Ánimate, mujer, que la noticia se lo vale.

Aquel mismo día, en Villa Alba, la señora Morsange, hermana del general Morin, y éste, esperaban la anunciada visita de Amadeo, que no se hizo esperar.

Era el General un jubilado de la Gran Guerra, con un reuma en una pierna de padre y señor mío, enamorado de su hijo por el mucho respeto que siempre le guardó.

—Me han dicho que ahora te dedicas a conquistar a las modistillas... ¿Es verdad eso?—preguntóle.

—No hagas caso, papá; eso son ganas de hablar que tiene la gente.

—Sea lo que fuere, preferiría verte seguir los consejos de tu tía y casarte con una joven de tu clase.

—Con esta, por ejemplo—le indicó su tía enseñándole un retrato—. Es distinguida, graciosa, de buena posición.

—No me gusta, tía, te soy sincero.

—Pues no te apruebo el gusto.

—Supongo que no tendrás la intención de imponerme como nuera alguna modistilla de tus relaciones—intervino el General.

—Tiempo hay para ocuparnos de cosa tan seria, papá.

Tras esta réplica, Amadeo se trasladó a sus habitaciones particulares, para arreglar ciertos asuntos, causando el consiguiente asom-



—Supongo que no tendrás la intención de imponerme como nuera alguna modistilla...

bro a sus parientes sus pocos deseos de conversación. La tía reprochó a su hermano su falta de energía con su hijo y se disputaron.

Gaby, la hijita de la señora de Morsange, sobrina del General y prima de Amadeo, reconcilió a los hermanos con sus monerías.

Decidido a dar el paso que correspondía a

un padre, Pepito llegó a la casa del General y preguntó por Amadeo al jardinero.

—No está en casa.

—¡Cómo que no! No puede usted negarme que está aquí, pues allí veo su auto.

Y sin esperar contestación del cortado jardinero, Pepito llamó en su ayuda a sus piernas y se introdujo en la casa, armándose un gran revuelo entre el jardinero, un criado y el intruso.

Persiguiéndole, y frente a la habitación donde estaban el General y su hermana, muy pegada de su aristocrático rango, así como Gaby, los criados hicieron caer al suelo un reloj de caja, que se descompuso.

Al ruido acudió en primer lugar Gaby quien, al reconocer en Pepito al muchacho que la salvó unos días atrás del accidente del agua—pues ella era aquella niña—, le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿No te acuerdas de mí?

—¡Pues es verdad, niña!

Los criados, malhumorados por los destrozos del reloj y ante la evidencia de su error en tomar al muchacho por un perdulario o poco menos, no osaban levantar la vista del suelo.

Cuando aparecieron el General y su hermana, Pepito y Gaby se abrazaban aún.

El primer impulso de la aristócrata fué separar a los buenos amiguitos.

—Este es quien me salvó cuando me caí al agua—dijo la niña.

El agradecimiento de la madre no fué casi exteriorizado. Pecaba de orgullosa.

—¿A qué has venido con esa prisa aquí, mu-

chacho?—preguntó el General, con amabilidad.

—A ver al señor Amadeo Morin.

—Yo soy su padre... ¿qué es lo que quieres?

—Necesito hablar con usted a solas... ¡de hombre a hombre!

La tía, comprendiendo que Pepito la descartaba de la conversación, le miró de pies a cabeza con cierta insolencia.

Aceptó el general entrevistarse con Pepito y, aislados en su despacho, así hablaron:

—¡Su hijo Amadeo no es tan bueno como usted sin duda lo cree!

—¿Por dónde empiezas, muchacho, para que yo te entienda?

—No se impacienta, pues ya que lo desea, todo se lo he de decir a usted.

Y Pepito le contó todo al General... le contó que Amadeo había ocultado su verdadera identidad para engañar a una honrada familia y seducir a una joven...

—Grave es eso, en verdad, muchacho.... pero, ¿qué es lo que tú tienes que ver en esa historia? ¿Quién eres tú?

—¡La joven atropellada es mi hermana!

—¡Ah! ¿Tu hermana?...

—Nuestro padre murió en la guerra... no tenía condecoraciones ni galones... pero si hubiese vivido, su hijo de usted, por muy hijo de general que fuese, no estaría a estas horas riéndose de nosotros.

—¿Y tu hermana, por qué se dejó seducir?

—¡Vaya una pregunta!... ¿Es que acaso sabía ella que Amadeo era hijo de un general para precaverse contra sus palabras engañosas?

—En fin, ¿qué quieres que yo haga?

—¿Quiere usted saber lo que yo haría en su lugar? Yo le diría: ¡te hiciste pasar por un obrero, pues serás un obrero!.. trabajarás para vivir... y te casarás con la joven que engañaste.

La tía, so pretexto de recompensar a Pepito por haber salvado a Gaby, interrumpió la es-



La niña se había abrazado de nuevo a Pepito...

cena que se desarrollaba entre el general y el muchacho, apareciendo con la niña.

—Toma, niño; este dinero te servirá para algo.

—Mi acción, señora, no merece el desprecio que usted ahora me hace. Guárdese su dinero para los pobres.

La niña se había abrazado de nuevo a Pe-

pito y el General, que los contemplaba con cariño, aplaudió para sus adentros la justa réplica de Pepito, al contrario de su hermana que muy a gusto lo hubiese abofeteado.

—¿Se puede saber lo que ocurre?—entremetióse luego.

—¡Tu sobrinito está metido en un lío de faldas!... Este muchacho pide, en nombre de su hermana, una reparación, un matrimonio.

—¿Usted?...—preguntó con extrañeza la tía a Pepito.

—Señora, es con el General con quien estoy arreglando este asunto.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?... ¿Es culpa nuestra que su hermana se haya abandonado?

—¿Y era culpa mía que su niña se hubiese caído al agua cuando yo la salvé?

Indignada contra el muchacho, que tan acertadamente la había cortado, y furiosa ante la convicción de que tal vez le fallarían sus propósitos de casamiento de Amadeo con una amistad interesante suya, salió la tía del despacho de su hermano.

El general había simpatizado con Pepito y la seguridad de que el muchacho no mentía al condenar solamente al seductor, lo inducía a una benevolencia extraordinaria.

Pepito, encantado, por su parte, de la bondad del viejo militar, le hizo algunos mimos y le dijo:

—Mi General, usted me recuerda a la abuelita...

La comparación era cariñosa e hizo sonreír al jefe.

—Dame tu dirección... Yo iré a ver a tu abuela y a tu hermana.

—No uso tarjetas, mi General... pero se la escribiré en un papel.

Así lo hizo Pepito y con una alegría inmensa en el corazón al reconocer el espíritu de justicia del padre del burlador de su hermana, se despidió de él para precipitarse con su bicicleta a comunicar el resultado de su entrevista a su hermana... y preparar a la abuelita.

Tan pronto quedó solo, el General mandó llamar a Amadeo.

—¿Conoces a la familia que lleva ese nombre?—le preguntó mostrándole el papel en el que Pepito escribiera la dirección solicitada por el General.

Palideció Amadeo y se llenó de confusión. Parecía arrepentido.

—¡Tú te introdujiste en casa de esas buenas gentes con una máscara, como un ladrón! Reflexiona... Yo ya sé lo que debo hacer. ¡Vete de mi presencia!

En camino de regreso, Pepito halló a su hermana sentada al borde de la carretera. Rosina había salido de su casa sin rumbo fijo y en un tris estuvo que no se arrojara, con ánimo de perecer para ahogar su sufrimiento, en el agua.

Pepito, refiriéndole con todo detalle la conversación celebrada con el general, la estimuló a ir con él a verlo, pues estaban relativamente cerca de su villa, con la esperanza de que al leer el militar en los ojos de Rosina la pureza de su alma, haría reparar por su hijo el daño causado.

Mucho tuvo que rogar a su hermana el bueno de Pepito para decidirla a presentarse al padre del único hombre amado.

Dormía el militar... a *pierna suelta*, forzosamente, a causa de su reuma, y Pepito cubrió su voluminoso pie con su sombrero hongo.

Al verse frente al hombre que debía juzgar su conducta según su conciencia, Rosina in-



Dormía el militar... a *pierna suelta*, forzosamente...

tentó huir. Pepito la detuvo y despertó al General.

— Mi General, mi buen General, esta es ella... mi hermana...

— ¿Viene usted también a quejarse de mi hijo, señorita?

Rosina, vencida por el dolor, se dejó caer en un sillón llorando con desespero.

— Levante la mujer honrada la cabeza. Si se pecó por amor, la culpa puede borrarse... Cerebro que haya usted venido antes de que yo fuese a verla... porque solventaremos este asunto en seguida. Pepito, ¿quieres llamar a mi hijo en la habitación de enfrente?

Pepito no se hizo repetir el ruego y tuvo la satisfacción de separar a Amadeo de su antipática tía, con quien estaba, y la cual se lamentaba de su corta reflexión al comprometerse con una obrera.

Amadeo, sorprendido ante Rosina, vaciló un momento entre estrecharla en sus brazos o consultar a su padre, con la mirada, lo que debía hacer; mas fué más fuerte el remordimiento de su falta y se inclinó por lo primero.

— ¡Perdón!— murmuró abrazándola.

Rosina, ante aquel gesto de amor, perdonaba al que tantas lágrimas le había hecho verter.

El General estaba satisfecho de reconocer que por las venas de su hijo corría sangre noble.

Pepito, muy alegre, se acercó al General.

— Mi General, tengo todavía un favor que pedir a usted.

— ¿Cual?...

— ¡Que me deje usted darle un beso!

Le besó Pepito y de los ojos del militar brotaron dos lágrimas...

El vecino y la abuelita conversaban en el hogar de la última cuando llegó, preguntando por Pepito, un empleado de la imprenta, don-

de prestaba sus servicios.

—Me mandan para saber si Pepe está enfermo... Hoy no apareció a trabajar en todo el día.

—¡Pero si salió de casa a la hora de costumbre!... Diga que irá mañana...

El vecino dijo a la abuelita:

—¿Se acuerda usted de mis manifestaciones acerca de su nieto?... ¡Ese chico será el martirio de su vejez! ¡Ah, si se pareciera a su hermana Rosina! Ella sí que reúne todas las virtudes!... Yo sé de alguien a quien le gusta mucho su nieta...

—¿Ah, sí?

—Es mi primo Nicomedes, el tendero de la esquina.

Ocultó la abuela la risa que acudió, sin poderlo remediar, a sus labios, al representarse en espíritu la fealdad del pariente del vecino.

—A una joven tan seria como Rosina—prosiguió el señor Bizot—, un comerciante le gusta siempre.

En esto, llegaron Rosina y Pepito dando muestras de gran contento.

El vecino se aprestó a ayudar a la abuelita a reñir al nieto.

—¿Has ido a trabajar esta tarde, Pepito?

Pepito le guiñó el ojo a su hermana, que se sonrió.

—¿Has ido al taller?—insistió el vecino.

Pepito demostró con una sola mirada al cargante vecino que allí estaba de más, y se lo confirmó contestando como sigue a la abuelita:

—Abuelita, lo que te voy a contar sólo nos interesa a los tres.

Chascado, probablemente esta vez para

siempre, marchóse el vecino a su casa, que es donde le correspondía estar.

Entonces Rosina y Pepito, uno a cada lado, abrazaron a la abuelita.

—Prepárate a recibir una sorpresa, abuelita... ¡Mañana vendrán a pedirte a Rosina en matrimonio!

—Sí, ya lo sé... Nicomedes, el tendero de la esquina—contestóle bromeando la abuelita.

—¡No! ¡Lejos de ahí! ¡Agárrese usted! ¡Un general!... ¡El general Morin, para su hijo Amadeo!

—¿Amadeo? Pero...

—Sí, ese *Amadeo* no podía ser falso... Nos ocultó su nombre para observarnos de cerca... para saber si se le quería por él mismo o por su dinero.

—... y se convenció de que tus nietos, abuelita, ¡valían tanto como los hijos de un general!

Tanta dicha, de golpe, era demasiado para la viejecita toda ternura que para repeler sus grandes ansias de llorar reía como nunca estrechando con efusión contra su rostro a los dos seres queridos.

En plazo próximo ^{**} se celebró la boda. En tan fausta ocasión la anciana vistió su galas de seda, y Pepito, el muchacho de París, tan digno como el primer hombre, condujo a su hermana al altar. Allí, sin que nadie le oyera, murmuró ante el Señor:

—¡Gracias, mi Dios, por tu justicia!

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

**PRÓXIMO NÚMERO
EXTRAORDINARIO
Sábado, 31 de Mayo**

Las sentencias del Destino

monumental drama, magistralmente interpre-
tado por las mimadas artistas francesas

ARLETTE MARCHAL

y

GINETTE MADDIE

ASUNTO SENTIMENTAL — GRAN ÉXITO

64 páginas - Profusión de fotografías

¡ÉXITO INDISCUTIBLE!

Postal-fotografía:

ITALIA ALMIRANTE MANZINI

Sábado, 31 de Mayo

Precio increíble: 50 céntimos